

Corpus Christi. 13 Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Jn 6,51-58

Como bien entendieron sus oyentes judíos, Jesús, tras exigir fe en su palabra, se presenta como verdadero alimento: asegura la vida a su comensal. El realismo del lenguaje de Jesús choca, también hoy, con la incompreensión; sigue siendo actual la objeción de los judíos. Y sin embargo, repite Jesús, no hay otra posibilidad de vivir más allá de la muerte que la de alimentarse de él. Como el maná, su origen es Dios: a diferencia del maná, no alimenta para la muerte. Jesús está hablando a personas que han pasado hambre y que se han visto milagrosamente alimentadas por él; más que al milagro, que como el hambre siempre puede repetirse, quiere ligar a sí la audiencia. Lo importante no es sustentarse de un prodigio aislado, sino de quien es capaz de realizarlo de nuevo. Pero lo que exige, tomarle como alimento, es demasiado como para ser creíble; el problema es que quien crea posible poder pasarse sin alimentarse de Cristo queda condenado a morir para siempre. La advertencia está hecha, lo mismo que la promesa. Quien objeta la lógica de Jesús, se expone a sucumbir de inanición: la muerte definitiva es su porvenir.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos:

⁵¹-«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.»

⁵²Disputaban los judíos entre sí:

-«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

⁵³Entonces Jesús les dijo:

-«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. ⁵⁴El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

⁵⁵Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

⁵⁶El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

⁵⁷El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

⁵⁸Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Tras satisfacer el hambre de la muchedumbre (6,1-16), Jesús se ocupa, en un largo discurso (6,25-71), de saciar el alma de sus oyentes; ofrece, primero, su palabra, después, su persona, a quienes antes había dado solo pan. El signo fue realizado en el monte, junto al lago (6,1.3); el discurso, en Cafarnaún, en la sinagoga (6,24.59); dos escenarios diversos, con los mismos protagonistas: Jesús, la muchedumbre, los discípulos.

El breve pasaje, que pertenece a la segunda parte del discurso (6,48-58) y tiene a los judíos como destinatarios, está bien enmarcado (6,51.58: *el que come esta pan vivirá para siempre*). Intentado obviar cualquier malentendido que pudiera surgir de haberse presentado no ya como *el que da* alimento sino como *quien lo es*, Jesús repite que hay que comerle y beberle. Como es habitual en Jn, Jesús no resuelve, ni siquiera aclara, la cuestión; reitera su afirmación y la expande, llevando el escándalo al paroxismo: comer y beber tienen como función mantenerse en vida. Es la comida y la bebida lo que pone la dificultad, pues habrá que comer la carne y beber la sangre del hijo del hombre para tener vida; esa es la forma concreta de acoger al Jesús que se da. Cumple la función de dar vida porque sacia el hambre y sed de vida de forma auténtica: es *verdadera* comida y *verdadera* bebida (6,52-55). Y lo sacia en cuanto ser humano, frágil y mortal; carne y sangre puede aludir, precisamente, a la humanidad de Jesús. Emerge, así, un nuevo – inaudito – dato en la diálogo de revelación: de creer en él, en *su palabra*, hay que pasar a alimentarse de él, de *su carne* (6,51c). El modo de hacerse con Cristo es ahora tan concreto como insólito: no basta con creer en El, habrá que alimentarse de El.

La vida que el cuerpo comido de Jesús proporciona no es transitoria, como fue el caso de los israelitas en el desierto (6,58). Quien come, permanece en Jesús, en su vida (6,56; cf. 8,31; 15,4-9.10); en lugar de asimilarlo como alimento, quien lo come lo habita; la separación entre comida y comensal desaparece. La permanencia recíproca entre el Padre y el Hijo es el modelo, y la posibilidad misma, de la relación entre el Hijo y el creyente. La vida es el nexo que une a los tres: el Padre, fuente de vida, su Apóstol viviente, y el creyente que, alimentado de él, vivirá. No se exige, pues, una simple adhesión espiritual: la fe que se pide al creyente no es asentimiento mental ni inclinación sentimental; es unión íntima, asunción corporal, asociación por apropiación, adhesión permanente. El cristiano no es un mero creyente, es un comensal de Cristo. El Israel que, alimentado en el desierto con pan del cielo, murió, no es la comunidad de comensales de Cristo.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Corpus Christi recuerda la decisión de Dios que, encarnándose en Jesús, se nos hizo alimento y, en cuanto tal, permanente sustento y fuerza vital. Ante tamaña e inexplicable opción, ¿qué otra cosa hacer si no admirar y callar, sentirse agradecido y hacerse comensal? La texto evangélico viene en nuestra ayuda para dar contenido a nuestra adoración común del Dios eucarístico, pan para nuestras hambres y bebida para nuestra sed.

Ante nuestras necesidades vitales, los hombres nos solemos preocupar, nos ponemos a trabajar. Y a pesar de nuestros mejores esfuerzos, no está a nuestro alcance el procurarnos todo aquello que asegura un día, un momento, más nuestra vida. Tenemos más necesidades de las que logramos satisfacer: nuestras hambres son más numerosas y constantes que los alimentos; nuestro corazón desea más de cuanto nuestras manos alcanzan a darnos; nuestras necesidades, espirituales o materiales, son siempre mayores que nuestra capacidad para colmarlas. Seguimos sintiendo hambre, aunque podamos alimentarnos todos los días; no dejamos de beber, ni dejamos por ello de volver a sentir sed. Esta 'curiosa' forma de ser nuestra ha 'obligado' a Dios a hacérsenos alimento.

En el evangelio Jesús se nos presenta como pan vivo, que asegura no sólo mantenernos en vida, alejando la muerte, sino también conseguirnos una vida sin muertes. Nuestra nostalgia de plenitud, el deseo profundo de vernos un día por fin satisfechos, la necesidad de calmar hambre y sed por siempre, encuentran respuesta en el empeño de Dios de dársenos como solución a nuestras urgencias más vitales: Él es hoy nuestro alimento y mañana será nuestra vida. Esta es nuestra esperanza, porque tal es su promesa. ¿Quién no encuentra en ello razón para el gozo y la paz, la celebración y la fiesta, por mucha necesidad que padezca?

Tenemos, pues, un Dios sensible a nuestras carencias, que se deja impresionar por nuestras deficiencias. Creer en él significa estar seguro que nuestras hambres no nos devorarán, que no nos anegaremos en nuestras debilidades, que ni siquiera la muerte vencerá la vida en nosotros. Tendríamos que aprender, como los israelitas en el desierto, a inventar a Dios allí donde están presentes nuestras necesidades; donde abruma más el hambre, allí se recuerda mejor el alimento; donde se pasa más sed, se desea más el agua; donde más nos falta la vida, o menos asegurada la tenemos, allí puede estar esperándonos Dios. Dios puede estarnos dejando insatisfecho para que nos decidamos, de una vez por todas, a seguirle. ¿No nos da que pensar que, ahora que no pasamos ya tanta hambre de pan, nos creamos que podemos pasarnos también sin Dios? Ese es el drama de nuestra sociedad, una sociedad que ya no es cristiana, y de nuestro corazón, que puede estar dejando también de serlo: creerse libres de Dios porque se han liberado de su necesidad; hartos de pan, andamos escasos de Dios; satisfechos de nosotros mismos, no sentimos necesidad de alimentar y satisfacer nuestra hambre de Dios.

Porque, si Jesús es pan para nuestra hambre y bebida para nuestra sed, es evidente que no se propone colmar nuestra hambre de pan ni apagar la sed de agua. Como en el desierto un día, el alimento que Dios proporciona a los suyos no es un pan más que llevarnos a la boca, sino toda palabra que quiera dirigirnos: 'no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Dios'. Vivir para hacer el querer de Dios significaría vivir satisfechos, saciados nuestros mejores y mayores deseos; alimentar en cambio nuestra hambre con nuestros propios proyectos nos llevará desgraciadamente a sucumbir bajo nuestra necesidad de Dios.

Pues bien, no tengamos miedo a padecer necesidad, si éste es el camino para recuperar a Dios; volvámonos a Cristo urgidos por nuestras carencias, evidentes o invisibles, materiales o espirituales. No tenemos nada que temer de un Dios que se ha hecho sustento para nuestra debilidad y apoyo de nuestra flaqueza; ni debemos temer a nuestra hambre, si nos obliga a poner en Dios nuestro alimento verdadero. No ser autosuficientes, no podernos asegurar alimento y vida para siempre, no es ninguna tragedia: tenemos un Dios empeñado en satisfacer nuestra ansia de Él y nuestras necesidades más profundas. ¿Por qué, si sufrimos realmente hambre de Dios, no lo convertimos en nuestro sustento? Huyendo de la Eucaristía, alimentamos nuestra hambre de Dios y nuestra insatisfacción. Mientras llega el momento en que Él alimente nuestra vida para siempre, alimentémonos de Él siempre que podamos, haciendo de su Palabra y de su Cuerpo nuestro alimento.

Puede que seamos muchos los que partimos el pan, y sean muchos más nuestros deseos y necesidades, pero el alimento del que sustentarnos es uno solo. Comulgar con un solo Dios nos debería hacer posible y más fácil la comunicación con los que, junto a nosotros, se sacian de Dios: saciar nuestra necesidad de Dios no puede dejarnos indiferentes ante el prójimo insatisfecho, necesitado de Dios y de nosotros. Permanecer solos, ensimismados, después de haberse reunido para comer del mismo pan y beber de la misma sangre, nos haría indignos del cuerpo de Cristo: dejar insatisfecho al prójimo que comparte con nosotros fe y eucaristía nos condenaría a quedar insatisfechos con Dios, por mucha fe con la que celebremos la eucaristía.

Tendríamos que preguntarnos si no estará aquí la razón por la que, a pesar de tanta eucaristía celebrada, a pesar de tanto cuerpo de Cristo recibido, no nos sentimos satisfechos de Dios ni de nosotros mismos: quien descuida al prójimo y se desinteresa de su necesidad, no puede sentir el interés de Dios ni será objeto de sus cuidados. Acercarse a Cristo supone acercarse al cristiano. Sólo así adoramos el misterio que celebramos: pues así sólo empezamos a hacer realidad aquello en lo que creemos.

Dios será alimento de nuestra hambre, si alimentamos al hermano hambriento. Ni más ni menos. ¡Quién sabe si Dios no estará aumentando nuestra hambre y agrandando nuestra insatisfacción, mientras más acumulamos bienes y

cosas con que alimentarnos, porque estamos dejando al prójimo sin alimento! La participación en la Eucaristía no debe ser sólo frecuente, para que Dios cuide de nuestras necesidades más vitales; ha de ser, sobre todo, tan eficaz que nos convierta a nosotros en pan que satisfaga la necesidad del prójimo. Sólo así es digna nuestra celebración del misterio que es el Cuerpo de Cristo: sólo recibe a Cristo como alimento eficazmente quien se convierte en alimento de su hermano.